



10 céntimos



TIPO FLAMENCO.

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª puerta.

GRACIA (BARCELONA)

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

Amor y herpes



— ¡Buenos días vecino. ¿Cuándo cumplirá V. la palabra que tiene empeñada conmigo?

— ¿Qué palabra?, doña Acacia.

— ¡Ingrato!... ¡Igual que todos los de su especie! ¿No se acuerda V., que me prometí-

do hacerme una visita?

— ¡Es verdad! Hija, estoy tan ocupado, que me olvido hasta de la comida.

— Ya, ya; buen trapalón está V. ¡No se olvidara de doña Nicéfora!

— ¿Doña Nicéfora?...

— Sí; hágase V. el distraído. ¡aquella beata que le daba á V. las citas en las Comendadoras, y una vez la sorprendió el sacristán llevándose el paño del altar de la Verónica.

— ¡Oh! Aquello no fué más que un pasatiempo. No puede V. figurarse que clase de pécora era la tal Nicéfora.

— Sí, ¿eh? A esas son á las que quieren Vds. En cambio, á la que es buena y honrada.... ¿Pero, no me cuenta V. que le hizo esa Nicéfora?

— Es muy largo para contado de balcón á balcón. Mañana por la tarde haré una escapatoria y se lo contaré todo.

— ¿Vendrá V. de verdad?

— Sí, señora. Palabra de honor.

— Bueno; que no falte. Mire V. que tengo un arropo manchego.

Los personajes que sostenían el anterior diálogo, eran:

Don Pascual Agudo y Rompelanzas y doña Acacia de las angustias Bonetillo y Pizfureta: ambos viejos y feos.

El primero, pertenece á la clase de jubilados y la segunda vive de sus rentas y de ciertos regalillos que le manda un chico de Cariñena, que tuvo relaciones con ella

cuando estuvo en Madrid; cursando la carrera de veterinario.

Hoy han muerto aquellas relaciones, y el chico paga los sacrificios que por el hiciera doña Acacia, mandándola arropo; queso y poesías inéditas de Jové y Hería.

Doña Acacia, podría vivir feliz sinó fuera por su afición al sexo feo y por un maldito herpes que tiene en el carrillo izquierdo y parte del cuello. Porque ya se sabe: cuando va á cambiar el tiempo el herpes se enfurece y á doña Acacia, le dan ganas de morder á alguien.

Un día, que había ido á cobrar la renta al Banco de España, le mordió á un ordenanza en el cogote y le hubiera seguido mordiendo si éste (el ordenanza, no el cogote) no le hubiera dicho:

— ¡Señora! ¿Qué hace V.? Soy yo, Lopez; el ordenanza. V. me confunde con el auxiliar de caja que está muy gordo y parece un cerdo (con perdón sea dicho) de Avilés.

— ¡Por Dios, Lopez, no se mueva V.! Déjem* que le muerda y pídamle lo que quiera.

Tilin.... tin.... tin....

— ¿Quién llama?

— Soy yo, doña Acacia, Blas.

— Gracias á Dios, señor don Blas. ¿Y cómo está V.?

— A los pies de V. señora.

— ¡Ay! eso quisiera yo; pero á los hombres solo les gustan esas mujeres que les engañan. y diga V.: ¿qué fué de Nicéfora?

— Dejemos ahora á Nicéfora, y no pensemos más que en V., que está encantadora.

— ¿De veras?.... Lo mismo decía Rupertito, y luego se marchó con una perdida que tenía casa de préstamos en la calle de la Cabeza; todo por unos tirantes que le regañó.

— ¡Ya! cosas de muchachos.

— Nada de muchachos; mi Rupertito, era formal. Una vez que la viuda del brigadier Quiñones, le propuso que la raptara, estuvo si se muere ó no se muere, y gracias á que un chico que toca la trompa en Eslava, le dió unas fricciones con aguarrás, y luego le metió la cabeza en una mantilla del chi-

co de la portera, que si no...

—En fin, sea lo que fuere está V. muy guapa y desde ahora le juro que es V. la única dueña de mi corazón.

—Quiero dar crédito á sus palabras y voy á corresponder á su galantería diciéndole que es V. muy simpático; solo que le afea un tanto esa barba. ¡Parece la peluca de don Luis Megia! ¿Por qué no se la quita?

—Si á V. le gusto imberbe, si esta barba que fué mi encanto durante la edad de las ilusiones no le agrada, caerá ahora mismo.

—¡Y que guapo va á estar V. sin ella!... ¡No va á haber corazón que se le resista!

—¿Ni el de V?...

—El mío, menos que los demás.

—Pues hasta luego. ¡Ah! Que no me ha dado V. á probar el arrope...

—Luego, cuando venga sin peluca.

Al poco rato volvía don Pascual, completamente afeitado y mostrando una cara que parecía un melón chino.

—Abra V., Acacia—dijo dando en la puerta algunos golpecitos con los nudillos.

—¡Ay! ¡Que guapo!—exclamó doña Acacia—¡Te pareces á mi Rupertito, cuando le conocí! ¡Qué recuerdos trae tu cara á mi memoria!

—Mira, Acacia, dejemos á un lado fórmulas y no vuelvas á nombrarme á tu Rupertito; ¡no me gusta eso!

—Bueno, será como tu quieras... ¡Pero, qué hermoso estás con esa cara tan limpia!... ¡Antes no te lavabas la cara ¿verdad?...

—Si mujer; ¡pues no me la había de lavar! ¡Ea!, basta de hablar probemos el arrope.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Rupertito, por Dios acércate, anda, date prisa...

—¿Qué quieres, mujer?

—¡La cara!... ¡La cara!... Acerca la cara para morderte, anda, hombre, no seas torpe. ¡Imbecil!

—¡Demonio!... ¡Muerde aquí decía don Pascual, acercando á la boca de doña Acacia, una silla.

Pero no le sirvió de nada pues el herpe había puesto de tal modo á doña Acacia, que abalanzándose á don Pascual, le puso la cara echa una carnicería.

Cuando, á los gritos de la víctima, entraron los vecinos, encontraron al pobre hombre desmayado sobre una mesa-camilla y á doña Acacia, colgada de un carrillo de aquellos que fueron barbudos.

ESTANI-LAO MAESTRE.

¡Aguador!

Soy un ser tan desgraciado tan inútil y tan... vaya que yo le doy ciento y raya al hombre más desdichado.

De todo, aprendiz he sido, aunque de nada oficial, y esto, como es natural, me tuvo muy aburrido.

Pero hoy estoy hermanado con mi suerte malhadada y ya no me importa nada ni el presente ni el pasado.

Mi vida, llena de azares, no tiene piés ni cabeza: unas veces la pobreza otras el dinero á mares,

hoy las dichas de la gloria, mañana el cruel dolor... Mas, escúchame lector; atento y sabrás mi historia:

De jóven quise estudiar, pero comprendí al momento que con mi pobre talento poco podría medrar,

así es que con recto juicio los libros abandoné.

Al poco tiempo pensé en dedicarme á un oficio que se apropiase á mi esfera y al no poderlo encontrar, tras de mucho cavilar me decidí á ser hortera.

Entré en una sedería de la calle de Ramales, donde ganaba dos reales diarios, *por cada día*.

Y al mes justo me marché por no poder concebir lo que quería decir: «seda de la marca G.»

Tras de esto me hice tallista, oficio que me gustaba, pero en él no adelantaba porque soy corto de vista.

Dejarle, determiné y me metí á relojero, pero había el mismo pero, no veía y le dejé.

Más tarde me hice curial, pero curial cojo... En suma, que manejaba la pluma lo mismo que un animal, y tuve por tal razón que arrojarla. Fui después mayordomo de un marqués secretario de un barón,

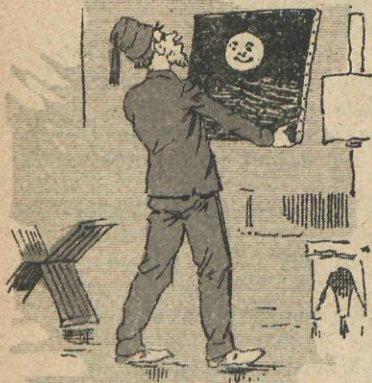
y... en fin, tuve mil oficios y en ninguno prosperaba, ¡por más que hice, no alcanzaba á entender sus artificios!

Al ver mi fatal mollera, desesperado traté de hallar un oficio, que sin talento se aprendiera.

Pero mi tenáz magín mis tristes ayes no oía, hasta que, ¡oh placer! un día, de mí, condolido, al fin surgióme uno, que por su gran sencillez sorprende, al primer viaje se aprende... señores, ¡soy aguador!

VALENTÍN MOURO.

LA GUASA
PRESENTIMIENTO, por Cilla.



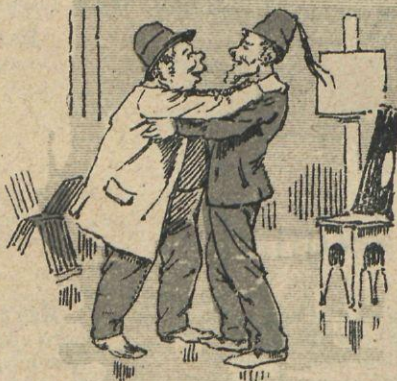
¡Hermoso efecto de luna me ha resultado! Este efecto de luna pasará á la posteridad.



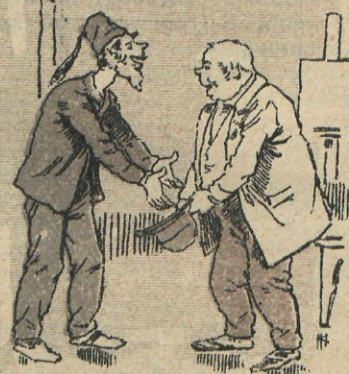
Me parece que han llamado.



Decididamente han llamado.



¡Amigo D. Facundo! ¡Qué agradable sorpresa!



Siéntese V., siéntese V.



Vaya le he hecho á V. media hora de visita, y me marchó.



Y al levantarse D. Facundo, vé el pintor confirmado su presentimiento, porque el afecto de luna ha pasado á la posteridad; pero á la posteridad.... de D. Facundo.

LOS LICENCIADOS, por Fradera.



En Derecho.



En Medicina.



En Teología.



Del Ejército.



De presidio.

A uno... y á muchos

He sabido hace unos días
que en el café y en el Círculo,
haces ostentoso alarde,
en torpísimos discursos,
de las fáciles conquistas
que en amores harto, impúdicos
logras, con pobres muchachas,
de su honra siendo verdugo.
Bien puedes vanagloriarte
de tus magníficos triunfos;
¡que buen dinero te cuesta,
ver satisfecho tu gusto!...
¿Y qué son, todas tus bellas?...
Damas de bajo coturno,
infelices criaturas,
víctimas del infortunio,
modistillas indefensas
sin amparo y sin recursos,
que cegadas por tus dádivas
(el dinero ciega mucho)
cayendo á tus pies, rendidas,
del oro bajo el influjo,
se aprestan á ser tus siervas
del modo más absoluto.

¿Por eso te vanaglorias,
son esos todos tus triunfos?...
pues á fé, que tan mezquinos
como villanos los juzgo.
Porque seducir muchachas,
de la vida, en los preludios,
por medios tan denigrantes
cual fueron siempre los tuyos,
al vil que las sedujera
con esos bajos recursos,
en vez de caberle gloria,
siempre deshonor, le cupo.
Así, pues, yo te aconsejo,
que en el café y en el Círculo,
no blasones, orgulloso,
de tus livianos abusos,
pues no lograrás laureles
con tus relatos absurdos,
porque, en fecha muy remota,
dijo ya muy bien Licurgo:
*donde no hay pena no hay gloria;
donde no hay lucha no hay triunfo.*

ANGEL JORRO.

La noche del estreno

VERDADERAMENTE estaba nervioso.
La noche anterior no había podido
pegar los ojos como se dice vulgar-
mente; así es que á las seis de la mañana
abandoné las ociosas plumas y me lance á la
calle deseoso de respirar las frescas brisas
de primavera.

Lo primero que hallé en mi paseo fué el
benemérito cuerpo de los barrenderos de
la villa que estaban dando descomunal bat-
talla á las inmundicias del día anterior.

Este espectáculo no tiene nada de agrada-
ble, pero ¿quién que como yo estaba en vis-
peras de ver estrenar una obrita en un
teatro, para mientes en lo antiestético de las
faenas de la limpieza pública?

Porque, ya es tiempo de decirlo, aquella
noche se iba á poner en escena en un teatro,
cuyo nombre no hace al caso, un drama en
tres actos y en prosa original de un servi-
dor de ustedes.

Al fin tras un calvario de diez meses ha-
bía logrado que el empresario del referido
coliseo admitiera mi producción.

Sin rumbo determinado vi gué largo rato
por calles y callejuelas hasta dar con mi fu-
tura célebre persona, (así lo creí yo) en las
frondosas alamedas del Retiro.

Aquella mañana me parecía más alegre
el cielo, (á pesar de estar encapotado) más
grato el gorjeo de los pájaros, aunque en el

coro predominaban los gorriones, más per-
fumado el ambiente, aunque olía á tierra
mojada que era un primor, efecto de la llu-
via que había caído durante la madrugada,
y por último hasta los rostros de los guar-
das del Retiro me parecían dignos del Apo-
lo de Belveder.

¡Con qué lentitud transcurrían las horas!
Si yo hubiera podido, al revés de Josué,
no parar el Sol, sino darle cuerda (caso que
la tuviera como los relojes de pared) para
que anduviera más de prisa, lo hubiera he-
cho (suponiendo que hubiese podido encon-
trar una escalera capaz para subir hasta el
sino en que está colgado).

Después de tomar un par de vasos de le-
che de vacas (más ó menos auténtica) en el
embarcadero del estanque, volví á casa al-
go más calmado, aunque siempre impacien-
te.

Almorcé... no se qué... lo que quiso dar-
me la buena Doña Rita, mi amantísima pa-
trona.

Aquel día hubiese yo comido hasta carne
de empresario ó editor que es una de las más
indigestas y difíciles de tragar.

A las doce, me dirigí apresuradamente al
teatro.

Se ensayaba por última vez mi produc-
ción.

La primer persona que encontré á la en-
trada fué al director de escena.

—Estamos perdidos, amigo Mengáñez.
Palideci.

—¡Por qué!

—Porque la primera dama que sabe Vd.
estaba en relaciones con el galán...

(1) Del libro «Bocetos Literarios»

—¡Qué...!
 —Rompió á noche...
 —¿Qué... las bambalinas?
 —No señor las relaciones.
 —Bueno... ¡y qué! ¿acaso soy yo su padre?

—Sí, señor.
 —¡Cómo! ¡yo padre de la dama!
 —No; de la obra...
 —Mucho; calcule Vd. que ahora sale con que no quiere hacer el papel de esposa del galán.

Un sudor frío bañó todo mi cuerpo.

—Entonces...

—Si Vd. no puede convencerla es imposible por ahora estrenar el drama.

Yo sudaba el quilo y me preguntaba si á los cómicos debiera permitirles, la ley, tener relaciones amorosas formales, contestándome que nó y que al que delinquiera en tal crimen debería condenarse, por lo menos, á suegra perpétua ó á la pena inmediata inferior de garrote vil.

Pasamos al escenario en el cual, sentados unos en sillas, otros en artefactos de decoraciones y otros hablando en corrillos, estaban todos los actores que debían ejecutar mi obra. Sólo faltaba el galán y la dama, es decir las dos partes que me iban á partir por el eje.

Por fin llegaron; primero él y luego ella.

—¡Conque, dígame Vd. Amalia, la pregunté sonriendo,—¿es cierto que no quiere V. desempeñar el papel de Amparo?

—No, señor Mengáñez.

—Pero, ¿por qué?

—Porque ni en la escena quiero cruzar mi palabra con ese necio de Revuelta.

—Pero...

—Nada le odio... le aborrezco... no puedo tragarme, parece que me lo ha comido y me ha hecho daño...

—¿Ni siquiera por mí haría Vd. ese sacrificio?

—Ni por Vd. ni por nadie.

—Por Dios, Amalia...

—Nada, Mengáñez, pídame Vd. lo que quiera menos eso.

Cadena perpétua te pediría yo, dije para mis adentros.

—Fuíme á llamar á la otra puerta, ó sea á la parte contraria.

—Revuelta; voy á pedirle á Vd. un señalado favor.

—Usted dirá, amigo Mengáñez y si de mí depende...

—De Vd. amigo mío, solo de Vd.

—Veamos.

—Me han dicho que Amalia y Vd. han reñido.

—Efectivamente.

—Pues yo le suplico á Vd. que en obsequio á mí haga las paces siquiera por esta noche.

—Imposible, amigo mío, no quiero nada

con esa... estúpida.

—Pero considere Vd. Revuelta, que en ese caso mi drama no va á poder ponerse en escena.

—Y ¿qué quiere Vd.? llévelo á otro teatro.

—Pero, hombre, el arte es lo primero.

—No señor, lo primero es mi dignidad.

—Vamos, Revuelta, no sea tan susceptible y pelillos á la mar; seguramente todo será una tonada.

—Nada de eso: se lo diré á Vd. francamente. Figúrese Vd. que ayer se le antojó á esa... impertinente, que la comprara un imperdible que vió en un escaparate; ya vé Vd. un capricho, total nada, cien pesetas, pero yo, que no me gusta darla de primo con ninguna... (aquí lo que quieras figurarte lector) no quise ceder y no por falta de dinero que ayer lo tenía...

—¿Y hoy?

—Vino la sota...

—¡Ah!

—Pues nada, Vd. no puede figurarse la que me armó en casa; crea Vd. que si no fuera una persona decente, la estrangulaba; total, que rompimos.

No dudé ante sacrificar el bolsillo ó sacrificar mi ilusión de ver la obra puesta en escena, opté por lo primero; saqué mi cartera y de ella un billete de cien pesetas que supe hacer que aceptase Revuelta, no obstante su dignidad, rogándole que fuese al momento por el imperdible y se lo trajera á Amalia dándole las excusas que su dignidad le permitieran.

Llegó la hora.

El teatro estaba de bote en bote.

Yo entre bastidores temblando como el sentenciado á muerte.

Comenzó la representación.

¡Magnífico! el primer acto ha merecido aplausos del ilustrado público.

¡Vamos! no empieze mal el segundo... ¡Maldito barba! ¡pues no se ha tragado una décima! así te cueste un cólico miserere!

¡Dios mío!... ¡sisean!... ¿qué será?... ¡y ahora ríen como locos cuando la escena es de las más trágicas... ¡Maldición! ¿quién ha traído aquí ese gato que corretea por la escena?... ¡Me ha reventado ese infame animalito el acto segundo!

¡No empieze mal el monólogo del acto tercero... sí... parece que interesa!... ¡caramba si no fuera por el gato ya me habrían llamado á escena!... ¡bien, muy bien por Revuelta!... ¡pues no, Amalia no le va á la zaga! ¡y como brilla el imperdible!... ¡buenas cien pesetas me cuesta!...

¡Qué oigo!... ¡silban!... ¡patean!... ¡qué horrible alboroto!... ¡y bajan el telón!!!



—¿Pero qué ha pasado, Revuelta?
 —¡Calle V. por Dios, Menganez! Ese animal de Pablito el novio de la dama joven, que metió la cabeza para enseñar los dientes á su muñeca y al retirarse ha dejado caer el sombrero de copa en la escena á tiempo que Amalia caía muerta sobre él y le apa-

bullaba como un cucurucho!

También yo caí, no muerto, pero sí desmayado.

¡Cien pesetas por una silba!

Desde aquel día odio á los gatos y no puedo ver los sombreros de copa ni en los escaparates.

ANTONIO R. LOPEZ DEL ARCO.

¿Se lo dió?

I

—Señorita; señorita;
 he visto á Arturito. —¿Sí?
 Dios mío ¿y te habló de mí?
 ¿No te dió alguna cartita?
 —Sí, una cartita y un duro
 que me dió por el favor.
 —¡Bendita carta de amor!
 —¡Si no es de amor... si es de Arturo!
 —¿Pero que es esto de aquí?
 ¡De sangre el sobre manchado!
 Dios mío se habrá matado!
 Se habrá matado por mí...
 —¿Qué está V. diciendo? Pero
 si esa sangre de ahí fuera
 es... ¡de carne de ternera
 que compré para el puchero!
 ¡Como la metí en la cesta
 cuando vine del mercado!...
 —¡Vaya un susto que he pasado!
 Y dime ¿quiere respuesta?
 —No sé; no me dijo nada.
 —Ay, Manuela, yo me siento...
 —Sí, siéntese V. un momento
 y estará más descansada.
 ¿Para qué quiere cansarse
 teniendo aquí la silla esta?
 —Si es que me siento indispueta.
 —Bueno, pues... todo es sentarse!
 —¡Ay esta carta de amor
 me duele abrirla, Manuela
 —¡Pues á él le duele la muela
 que es muchísimo peor!
 Sufre mucho el pobre chico.
 —¿Pero qué tiene mi amante?
 —Pues debe tener... bastante
 porque paga como un rico.
 —En fin, me voy á enterar
 de la carta... ¡Pide un beso!
 —¡No se apuro V. por eso!
 Si es que no lo quiere dar
 démelo V. á mí y, por Dios,
 que ha de salir del apuro
 porque en cuanto vea á Arturo...
 ¡le doy de su parte dos!
 —Ve á buscarle y si le ves...
 —¿Se los doy al señorito?
 —¡No, tonta! dí que le cito
 para esta tarde á las tres.

II

—¿Como estás?—Bien á tu lado,
 vidita mía, ¿y tú Elena?
 —Yo estoy buena.—Como buena...
 ¡ya lo había yo notado!
 —¿Me quieres?—Elena mía,
 como á ninguna mujer.

Es tan grande mi querer
 que por tí... ¡capaz sería
 de bajar á los infiernos!
 —Pues yo te quiero á ti hasta...
 hasta... hasta... —Chica, basta,
 ¿dónde vas con tantos cuernos?
 —En fin, que te quiero mucho.
 —¿Mas que yo á tí?—Mucho más.
 —Si me olvidaras... —Jamás.
 —Oyeme Elena, —Ya escucho.
 —¿Tú me querrás siempre?—Sí.
 —¿Me das un beso?—Tampoco.
 —Pues... adios. —No seas loco.
 Oye Arturo, ven aquí.
 —No seas ingrata, hermosa...
 ¡Uno solo! —Si no puedo!
 Vamos á ver, y si accedo
 ¿accederás tú á otra cosa?
 —Tú dirás, —No hay quien no note
 que tu bigote es muy largo,
 ¡muy hermoso! y sin embargo
 no me gusta tu bigote.
 —¿Y qué quieres? —Solamente
 cortártelo; ya lo ves.
 —Chica... ¡si es tan largo! —Pues...
 por eso precisamente.
 —¿Pero el bigote qué importa?...
 —Mira si te he de besar
 te lo tienes que cortar.
 —(No la corto). —(¡Se lo corta!)
 Te daré un beso ¡solo uno!
 —Pero, chica, sin bigote
 pareceré un hotentote...
 aunque no he visto ninguno.
 ¡Dame un besito! —Jamás
 si no le cortas... —(Que apuro)
 Pero, Elena... —Pero, Arturo...
 ¿Te lo cortas? —¿Me lo das?

Hasta luego. —Adios, mi amor.
 —Tú mamá... —No temas nada.
 Ahí fuera está la criada
 que *dormía* por mi honor. (1)

III

—¡Ja, ja, ja! —Pero, Manuela,
 ¿á qué viene tanto grito?
 —Dispense V. señorito,
 ¡ja, ja, ja!... —Calla, tontuela.
 —¿Si está V. desfigurado!
 —Y vuelta á la risa, dale.
 —¡Si entró con bigote y sale...
 con el bigote cortado!

ANTONIO SERRA.

(1) No celaba, no, señor.

Debuts y estrenos

MADRID

Parish.—Con un lleno completo y con la opereta española *Campanone*, tuvo lugar en este teatro la inauguración de la temporada de invierno, que promete ser en extremo brillante.

En la interpretación se distinguió en general toda la compañía incluso los coros que resultan completos y muy buenos.

La Srta. Naya hizo las delicias del público, viéndose obligada, la mayor parte de las veces, á repetir muchos de los números de la opereta.

Varios de los artistas que componen la compañía de este teatro, son ya conocidos por nuestro público.

Eslava.—El *Africano*, parodia (hasta cierto punto) de la opera *Africana*, estrenada el viernes anterior, resulta insípida y pesada.

Como parodia, puede pasar, pero como zarzuela cómica, no tiene nada recomendable.

Contiene tan pocos chistes, que se pueden reducir á uno solo: En un diálogo de Mateo (Sagasta) y Canolusco (Canovas) discutiendo y tachándole aquél, los disparates que está haciendo éste en el poder, le dice en estos ó parecidos términos: *Tú solo te has cuidado de darnos alcaldes perfumados de Romero.*

El resto de la obra, como he dicho antes, resulta tonta.

En la ejecución se distinguieron la señorita Arana y los Sres. Castilla y Riquelme; el resto regular.

Los autores, cuyos nombres no recuerdo, salieron al final de la zarzuela.

En suma: una, como hay muchas.

La estrenada anoche, en este mismo teatro, resulta por lo contrario, una zarzuela en un acto, muy alegre, no desapareciendo nunca la vis cómica.

Su título es *La Cencerrada*, original la música, del distinguido compositor Sr. Gimenez, y que fué celebrada por toda la concurrencia que llenaba las localidades de este coliseo.

Los mejores números, y los que se hicieron repetir, á gusto del público, fueron el *zortzico*, el coro de la *cencerrada* y el duo que cantan la Srta. Arana y el Sr. Castilla, advirtiéndose en todos ellos, primores de factura y de instrumentación dignos de los mejores elogios.

Los autores del libro son los Sres. Perrin y Palacios, que también fueron muy celebrados.

La ejecución muy buena.

Lara.—El juguete cómico en un acto, estrenado en la presente semana, fué del agrado del público.

Su argumento es muy conocido, pero á pesar de esto, por lo bien llevado que está el asunto, y los chistosos incidentes que en el ocurren se le prodigaron muchos aplausos.

El cascabel al gato, pues este es el título del juguete, contiene un diálogo muy movido y chispeante.

Su autor Sr. Irazot, fué llamado varias veces para recibir los plácemes de la concurrencia.

Las Sras. Valverde, Pino y Blanco, y los Sres. Rosell, Ruiz de Arana y Mendiguchia, estuvieron acertados en sus respectivos papeles.

LUCIFER

Mi vida

(A la señorita Pura R.)

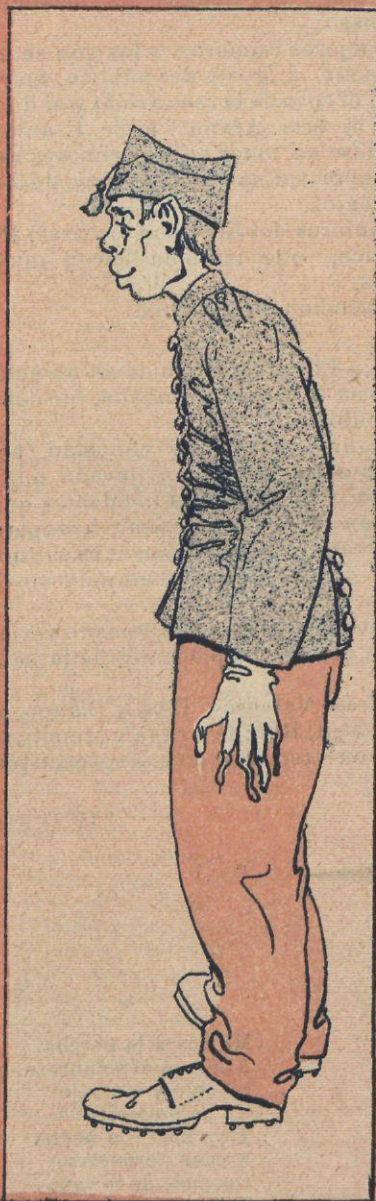
Me pides hermosa
Que te haga un bosquejo
De cómo yo vivo
Allá en mi *entrecielo*;
Y á fuer de cumplido,
Cortés caballero
Yo voy á contarte
La vida que llevo:
Levántome pronto;
Aunsiendo en invierno
Me lavo la cara,
Me arreglo el cabello,
Le doy á mi barba
Un pase de aseo,
Después extasiado
Me miro al espejo:

--¡Patrona, la leche!--
De un sorbo la bebo,
Bajo la escalera
Saltando, corriendo
Dirijo mis pasos
A clase al momento;
Ya llego, y en ella
Muy triste penetro.
Me salgo á la una
Y entonces contento,
Preparo un cigarro,
Lo ligo, lo enciendo;
Fumando, hacia casa,
Me marchó corriendo,
Me dá la patrona
Escaso alimento,

Me voy á la percha.
Allí está el sombrero,
Lo cojo y me bajo.
Me bajo corriendo,
Y ya hasta la noche
A casa no vuelvo.
Después de la cena
Me voy á paseo,
Después al teatro
Y en el hago versos.
Después... hacia casa
Me marchó corriendo
Y allí cojo el libro...
¡Y entonces me duermo!

JOSÉ FANDOS LOPEZ.

NUESTRA MILICIA, *por Figuer.*



Ayer.



Hoy.

A. Figuer

LAS MAÑANITAS DE OTOÑO, por M. Gonzalez



Considere V. señorita que la encuentro sola y me conformo con ofrecerle esa flor. Solo por esto, debía V. de hacerme caso.

Lejos de ti

Á Consuelo.

No leo en la inmensidad,
ni veo por más que miro,
lo que he leído en tus ojos
lo que en tus ojos he visto.

En el jardín de mi amor
ha nacido un pensamiento,
y... yo te lo mandaría

si juraras devolvérmelo.

Vén á mis brazos y escucha
las penas que siento yo,
que mi corazón, para ellas,
no halla Consuelo mejor.

De miradas amorosas,

en busca mis ojos ván
y... ¡en mi pobrecita madre
solo los puedo encontrar!

—Hoy olvidará; mañana
se burlará de mi amor,
y después.. me tendrá lástima—
(esto es lo que pienso yo.)

José BURGAS.

INFUNDIOS

En este número inauguramos una colección de tipos de las 49 provincias de España, que hemos encargado á nuestro distinguido colaborador Sr. Cilla, seguros de que ha de obtener el favor del público.

Tras de la noche va el día,
tras del placer el dolor,
tras el desprecio el amor,
el llanto tras la alegría.
Tras de la vida, la muerte,
tras del amigo el engaño,
tras de la fé el desengaño,
la desgracia tras la suerte.
Tras la fortuna, reveses,
tras la luz oscuridad,
lo falso tras la verdad
y tras de mí... ¡los ingleses!

JOSE DOZ DE LA ROSA.

(*) De un libro que vendí al peso
en la plaza del Progreso.

¿Han leído Vdes. el cuaderno «De manibras» que acaba de publicar nuestro particular amigo Sr. Fradera?

Con decir que son tipos militares y que su autor es dicho reputado caricaturista, queda hecho el elogio del libro y el del dibujante.

Si alguna vez te preguntan
que cuando nos casaremos,
dí que yo estoy esperando
¡á que te fundan de nuevo!

¡Por vida de los demonios!
siempre me pasa lo mismo,
cuando tengo dos pesetas
debo dos cincuenta y pico.

No me extraña que te llamen
«Pepita la timadora»
pues ayer supe de fijo
que los corazones robas.

PRIMO RODRIGUEZ ALVAREZ

CORRESPONDENCIA

Caro Valencia.—Buscando á una Niña.

Me perdí por los bosques
una mañana
buscando á mi niña
que es muy serrana.
Mas perdí yo el tino
y mate el causacio
con rancio vino.

«Y los lectores de «La Guasa.» como lo matarían si
yo publicase semejante poesia?

J. H. Valladolid.—Lo de V. no es tan malo como lo
de su vecino, pero tampoco deja nada que desear....
para ir al cesto.

Antonio G. y F. Palma.—Flojo.

J. S. R. Cádiz.—Muy malo, y V. dispense el modo
de señalar.

J. B. y B. Barcelona.—Agradeciendo amigo, y acuér-
dese V. más amenudo de nosotros.

A. J. Madrid.—¿Molestar V.? Seria un pueblo! co-
mo dicen los guasones trasnochados.

A. L. Madrid.—Siento no haya llegado á tiempo pa-
ra este número. Palabra de que irá en el próximo.

C. C. Murcia.—¿Si le digo que tiene V. razón que
le sobra y que procuraré enmendar la falta lo creará
Vd.?... ¿Si?... Pues ya está dicho.

Canuto. Barcelona.—Lo último recibido no llega á
la talla.

El Andaluz. Madrid.—Iré publicando lo que tengo
de V. Gracias por todo. Queda aceptada la colabora-
ción que V. me ofrece.

J. de M. Palma.—Agradezco el ofrecimiento, pero
el trabajo no tendria atractivo para la mayoría de
los lectores.

G. A. Valladolid.—Mande V. algo cortito y veremos.

T. S. Valencia.—La índole del periódico no nos per-
mite admitir composiciones serias.

Jf.ª O. S. Barcelona.—Ni funebres tampoco, señorita.

E. M. Madrid.—Mil gracias por sus trabajos, y por
el interés que se toma por la publicación. Va carta.

A. C. (Cascares). Entra en turno, (lo cual significa
que no me satisface del todo).

J. L. T.—Si, señor, recibí su firma pero como tengo
que relocalarlo y me falta tiempo...

Moreno; Barcelona.—Publicaré dos. Si quiere V. se-
guir en paz conmigo es preciso que todo lo que man-
de sea inédito, y en la última remesa leo algo que pu-
blicó «La Saeta».

Y cierro la Correspondencia de hoy suplicando á
los señores colaboradores se sirvan en lo sucesivo
prescindir de dedicatorias en los trabajos que nos
manden.

Quedan muchísimas cartas por contestar.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.

SECCION DE ANUNCIOS

Anuncios á precios convencionales

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

Kiosco EL GLOBO de
Don Pedro Alonso

Plaza de Bilbao

===== VITORIA =====

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de LA GUASA

Ancha San Bernardo, 27, bajo

===== MADRID =====

Manzana 19

GRAN COCHERIA
de

ANTONIO JAUSET

Teléfono n.º 698.—Paseo de Gracia

BARCELONA

Se ceden habitaciones con asistencia.

TRATO ESMERADISIMO

Aribau, 83, 1.ª, 2.ª

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (talls) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó dos frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Unico depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

LA GUASA

PROBLEMA , por Cilla.



Dado que no tengo una peseta, ni quién me la preste, ¿que voy á comer hoy?

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

NUESTROS MEJORES ESCRITORES
Y DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

2 PESETAS TRIMESTRE

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION y ADMINISTRACION: Rosellón, 80, 1.º, 2.º,
(Gracia) Barcelona, (donde se dirigirá toda la correspondencia).